

## CAPÍTULO XVI

Penosa retirada del ejército de Cortés con dirección á Tlaxcala.—Batalla de Otumba.

Mientras Hernan Cortés y los maltratados restos de su destrozado ejército se habían refugiado en el sólido *teocalli* que coronaba la cúspide del cerro de Otoncalpolco ó Moctezuma, los mejicanos se ocupaban en recoger los ricos despojos de los vencidos, y de llenar algunos otros deberes que juzgaron imprescindibles.

Al recorrer con la luz del día el ensangrentado teatro de las horribles escenas de la noche, encontraron entre los cadáveres que cubrían los fosos y la calzada, el del rey de Texcoco, de los príncipes reales de Méjico, hijos de Moctezuma, y los de varios señores de la primera

nobleza de la nacion, que Cortés llevaba presos. La muerte de los ilustres personajes llenó de sentimiento á la ciudad, y sus inanimados cuerpos fueron conducidos con respeto y veneracion á sus palacios, en medio del llanto y de las demostraciones de dolor del pueblo.

Ocupados en celebrar con toda solemnidad las exequias de los personajes reales, en sacar de las zanjas los cadáveres que las cubrian, y en quemarles para que no se infectase la atmósfera, dejaron de perseguir á los españoles, contentándose con destacar algunas fuerzas que fueran picándoles la retirada.

La pompa con que celebraban los funerales de los reyes y de los príncipes, permitió á Hernan Cortés apoderarse de la buena posicion que ocupaba, proporcionando á su tropa el preciso descanso. Sin embargo, el general español conocia muy bien que los mejicanos emprenderian la persecucion en el momento que acabasen de honrar la memoria de los ilustres muertos, y trató de aprovechar los instantes favorables que tenia. Que se proponian perseguirle y aniquilarle, se lo indicaban claramente las fuerzas de algunos escuadrones que se habian situado cerca del cerro y que habian subido varias veces á dispararles piedras y flechas.

Al llegar la noche, los guerreros indios se retiraron, y á los alaridos de guerra y á los gritos amenazantes, siguió el mas profundo silencio.

Hernan Cortés, viendo algo descansada á su tropa, y comprendiendo que cada instante que pasase cerca de la capital era aumentar el peligro, dijo á sus soldados que

se entregasen al sueño, pues se emprenderia la marcha, con direccion á Tlaxcala, á media noche. Nadie conocia el camino que conducia á la república amiga. Solamente un soldado tlaxcalteca aseguró que lo habia andado hacia algun tiempo, y se ofreció á servir de guia. Vencida así aquella dificultad, la gente se entregó al reposo, excepto los centinelas y vigilantes. Llegada la hora de partir, el general español mandó encender luminarias con la abundante leña que habia, á fin de hacer creer al enemigo que el ejército continuaba en la misma posicion. Sobre el átrio principal se encendió la mayor parte de las fogatas, y la tropa fué saliendo con el mayor silencio del *teocalli*, guiada por el soldado tlaxcalteca y sin ser percibida del enemigo. En este mismo sitio en que encontraron los españoles un puerto de refugio en su naufragio y un benéfico asilo donde recobraron sus perdidas fuerzas, se descubre actualmente el célebre santuario y notable templo dedicado á la Virgen en su advocacion de Nuestra Señora de los Remedios. Su imágen, altamente venerada en la capital, que hoy la reconoce por su patrona, es, segun opinion de Lorenzana, la misma que Hernan Cortés colocó en el templo mayor de Méjico, y que un soldado español, que era dueño de la escultura, la dejó oculta en aquel sitio, donde fué hallada milagrosamente. Los conquistadores, despues de haberse apoderado de la famosa capital del imperio azteca, levantaron ese templo á la Virgen, sobre las ruinas del antiguo *teocalli* (1).

(1) «Y en aquel cuyo adoratorio, despues de ganada la gran ciudad de Méjico, hicimos una iglesia, que se dice Nuestra Señora de los Remedios, muy

Cuando el viajero se detiene á contemplar ese sagrado templo que se levanta majestuoso á tres leguas al Poniente de la capital, no puede menos de recordar que allí fué el primer sitio en que Hernan Cortés y los tristes restos de su destrozado ejército pudieron detenerse y descansar, despues del sangriento descalabro sufrido en la Noche Triste.

La tropa caminaba en el mayor silencio, conducida por el guia tlaxcalteca que, conocedor del terreno, habia prometido llevarla al territorio de la república amiga, si no se presentaban ejércitos aztecas que cerrasen el paso.

Por espacio de media hora marchó el ejército sin ser visto; pero al pasar por un sendero orillado de elevados maizales, fué sentido por un destacamento de guerreros indios, que dió inmediatamente el grito de guerra, llamando á los habitantes de los pueblos inmediatos á las armas. Pronto se presentaron, como brotados de la tierra, algunos escuadrones, dando horrendos alaridos y descargando sus flechas sobre la retaguardia, molestándoles en su retirada durante la noche (1). No eran tropas mejicanas, sino milicianos de las poblaciones inmediatas al rumbo que los españoles llevaban. Habian recibido orden de Méjico para que molestasen y detuviesen la marcha de los extranjeros, á fin de dar lugar á los ejércitos del imperio á salirles al encuentro. Nuevos guerreros de las aldeas del tránsito

devota, y van ahora allá en romería y á tener novenas muchos vecinos y señoras de Méjico.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

(1) «Y muy cerca estaban guardas que nos sintieron, y asimismo apellidaron muchas poblaciones que habia á la redonda, de las cuales se recogió mucha gente, y nos fueron siguiendo hasta el dia.»—Segunda carta de Cortés.

fueron uniéndose, al ser de dia, á los primeros, aumentando las dificultades de la marcha de sus contrarios.

Viendo Hernan Cortés que las fuerzas enemigas eran á cada instante mayores, mandó hacer alto, para disponer el orden en que se debia marchar y tener á raya á los guerreros indios, sufriendo de ellos el menor daño posible. Cinco soldados de caballería formaban la descubierta; en la vanguardia, flancos y retaguardia, puso á la gente de infantería que estaba sana; colocó en el centro los enfermos y los heridos, dando á los menos imposibilitados bordones para que pudiesen caminar apoyándose en ellos, y poniendo á los que por la gravedad en que se hallaban no podian andar, en ancas de los caballos inutilizados. La caballería se repartió en los costados y la retaguardia, y los tlaxcaltecas iban unidos á los españoles, guardando el mismo orden.

Dispuesta la fuerza de la manera expresada, continuó su marcha, luchando constantemente y deteniéndose á cada instante para rechazar con la caballería á los escuadrones que trataban de penetrar en las filas. Acosados por todas partes los españoles y muertos de fatiga, descubrieron, al ir á ocultarse el sol, un amplio *teocalli*, en un cerro próximo, al cual se dirigieron con el afan que el caminante, en medio de la tempestad, á la solitaria y benéfica choza del pastor. Solo tres leguas habian logrado caminar durante el dia y la noche anterior. Obligados á detenerse á cada instante para contener á los que les seguian acosando, la marcha habia sido lenta y penosa (1). Habian

(1) «Y así fuimos todo aquel dia, peleando por todas partes, en tanta ma-

perdido la naturaleza celestial de que les habian creido rodeados: no eran ya los hombres que fabricaban el rayo para destruir á los que osaban ofenderles. Los cañones y los arcabuces, que eran las nubes de donde aquél salia, no existian ya. Los hombres que juzgaron invencibles, marchaban huyendo, aunque huian, no como el tímido cervatillo ante el ligero lebrél, sino como el temible leon, dando frente á los que le persiguen, destrozando al que se acerca, y deteniendo á regular distancia á los valientes cazadores que le acosan.

El *teocalli* presentaba la capacidad necesaria para alojar la tropa, y colocados los centinelas en sus respectivos puntos, los soldados, despues de tomar algunos granos de maíz tostado, único alimento que tenian, se tendieron en el átrio para dormir y recuperar sus fuerzas. La noche la pasaron sin ser molestados, y al brillar la luz del nuevo dia, continuaron su marcha por los cerros, siguiendo una tortuosa vía para evitar la proximidad de Méjico. Perseguidos constantemente por los guerreros indios, pasaron por Cuautitlan, y caminando por las márgenes de las lagunas de Zumpango y San Cristóbal, llegaron rendidos de cansancio, sedientos y desfallecidos de hambre, á una poblacion que los habitantes la abandonaron antes de que se aproximasen.

Dos dias permaneci6 Hernan Cortés en aquella poblacion, por haber encontrado en ella algun maíz con que alimentar á la necesitada tropa, y darla algun descan-

nera, que en toda la noche y dia no anduvimos mas de tres leguas.»—Segunda carta de Cortés.

so (1). Cuando emprendió de nuevo la marcha, los escuadrones contrarios continuaron picándole la retaguardia y los flancos, descargando un diluvio de flechas en cada paso malo que tenia que atravesar, y retirándose á los cerros cuando la caballería trataba de acometerles.

Asombra la resistencia de aquel puñado de españoles, heridos, fatigados, hambrientos, alimentándose de yerbas y de algunos granos de maíz, luchando y caminando dia y noche, sin rendirse á la fatiga ni decaer en su espíritu. Los tlaxcaltecas, educados ya en su escuela, sufrían con no menos fortaleza los trabajos y la miseria, manifestándose cada vez mas adictos á los castellanos.

El número de enemigos era cada dia mayor, y las dificultades de la marcha crecian á proporcion que los escuadrones aumentaban. Ya no se limitaban á disparar sus flechas sobre la retaguardia, sino que empezaron á presentarse de frente, en los puntos ventajosos, para disputar el paso. Hernan Cortés, infatigable siempre, era el primero en acudir al sitio del peligro y en desalojar de sus posiciones á sus contrarios, para que el ejército pudiera continuar su marcha. Resueltos los guerreros indios á impedirle la entrada en el territorio tlaxcalteca, se presentaron en la cumbre de un cerro próximo á un pueblo en que se habian detenido á descansar los españoles. Hernan Cortés, con cinco de caballería y algunos infantes, se dirigió á reconocer el punto, pero pronto se

(1) «Y allí estuve aquel dia y otro, porque la gente, así los heridos como los sanos, venían muy cansados y fatigados, y con mucha sed y hambre... é porque allí habia algun maíz, que comimos, y llevamos para el camino cocido y tostado.»—Segunda carta de Cortés.

vió atacado por fuerzas considerables que salieron de una ciudad que se hallaba detrás del cerro. El general castellano recibió en este encuentro dos terribles pedradas en la cabeza, cuyas heridas fueron de alguna gravedad (1). De vuelta al pueblo en que había dejado á su tropa, dispuso que se continuase inmediatamente la marcha, juzgando peligroso permanecer en él. Los escuadrones indios continuaron en su tenaz persecucion, cargando por todas partes á los españoles y poniéndoles continuas emboscadas en los puntos de difícil paso. «Huid, les gritaban, que pronto llegareis á donde ninguno quede con vida.» Esta terrible amenaza, que sin cesar repetian, persuadia á los españoles de que les esperaban considerables fuerzas en algun punto de difícil acceso. Sin embargo, estaban resueltos á morir, y menos terrible les parecía la muerte que el hambre, la sed y la fatiga que sin cesar sufrían. Durante los últimos días de sitio sufrido en los cuarteles de la capital, se vieron reducidos á una miserable ración de algunos granos de maíz. Desde que salieron de ella, el hambre y las penalidades aumentaron horriblemente. Marchando, para evitar un encuentro con los ejércitos mejicanos, por áridos y extraviados senderos, su principal alimento eran las raíces y las yerbas. Cuando alguno, desfallecido por la falta de alimento y el cansancio, se quedaba atrás de sus compañeros, caían sobre él los guerreros indios que sin cesar les seguían, como sigue el cazador la fiera herida y desangrada, esperando á que caiga.

(1) «E de allí sali yo muy mal herido en la cabeza, de dos pedradas.—Segunda carta de Cortés.

sin fuerzas á tierra, para apoderarse de ella sin temor. Los heridos y enfermos, precisados á subir montañas y á cruzar peligrosos desfiladeros, sentían agravarse sus males y pedían al cielo la muerte como el término de sus desgracias. Cuando pasaban por alguna aldea, los habitantes abandonaban sus chozas, llevándose los escasos víveres que tenían, y los hambrientos soldados no encontraban mas que algun poco de maíz que devoraban en el acto, sin que remediasse su necesidad. Algunos soldados que habían salvado algun oro y joyas en la Noche Triste, miraban con tristeza el precioso metal, viendo que valía menos en aquellos momentos de necesidad, que un puñado de granos de maíz. Si aun lo guardaban, no era porque conservase para ellos ningun encanto, sino porque pensaban que con él comprarían un pedazo de pan cuando llegasen á una poblacion amiga.

Hernán Cortés, procurando animar á sus soldados, se presentaba risueño y lleno de esperanza á ellos. Su alimento era el mismo que el de la tropa, y su hambre no inferior á la del mas infeliz del ejército; pero su espíritu, alzándose siempre por encima de las necesidades, como el sol sobre las oscuras nubes, desvanecía con su mágica palabra los melancólicos pensamientos que ocupaban la mente de sus compañeros de armas, como los fulgentes rayos del astro rey desvanecen las húmedas nieblas que envuelven los campos.

Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y otros valientes capitanes que, como él, estaban dotados de un ánimo sin límites y de una fortaleza inquebrantable, secundaban los esfuerzos de su general; y los